

sus padres y le facilita así la inteligencia de sus libros, y que no merece alabanza quien usando de una fraseología totalmente extraña, ó por mejor decir extranjera, rompe por su parte este vínculo de unión con nuestros antepasados?

## V

Réstanos decir dos palabras acerca de los estudios y análisis. La reflexión sobre los grandes modelos de elocuencia es tan necesaria para perfeccionarse en ella, como al médico el estudio y anatomía del cuerpo humano, y á todo artista la contemplación de las obras de su arte. Primeramente, á todos los discursos acompañan notas marginales, sistema antiguo pero muy ventajoso, las cuales llevan de la mano al estudioso lector y le descubren en una cifra los secretos medios de la persuasión oratoria<sup>1</sup>. Además, los tres primeros están desentrañados, por decirlo así, y desmenuzados prolijamente, siguiendo las doctrinas luminosas de los antiguos maestros y admitiendo de lleno su nomenclatura, porque no somos inventores, ni menos revolucionarios ó amigos de dañosas novedades.

¡Quiera Dios que redunde este pequeño trabajo á su mayor gloria, lustre y esplendor de la reina de las artes<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> El Dr. Malmusi escribió unos análisis retóricos, que pueden verse en la traducción de Fernández. Son monótonos, sobradamente rebuscados, y se limitan á la parte de invención sin casi tocar en la disposición y elocución. Su crítica se reduce á decir que todo es bellissimo, oportunísimo y que no hay más que pedir.

<sup>2</sup> Nos hemos servido para nuestra versión de la última edición italiana publicada por el excelente impresor católico Sr. Marietti. *Opere Sacro-morali del Padre Paolo Segneri della Compagnia di Gesù. Torino, 1881.*



## DISCURSO PRIMERO

## LA MUERTE

Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem revertentis.  
Acédate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir.  
(GEN., III, 19.)

## EXORDIO

## I

INFAUSTA nueva vengo á traeros hoy, hermanos míos <sup>De las circunstancias de la</sup> muy amados, sobremanera triste y desconsoladora; y á <sup>muerte</sup> la verdad que me ha costado no poca violencia el resolverme, porque siento en el alma tener que causaros desde el <sup>por hipérbolo</sup> primer día tan grande pesadumbre. Al pensamiento sólo de lo que voy á anunciaros se me erizan los cabellos, anúdase me la lengua y la sangre se me huela de puro horror. Mas ¿de qué aprovecharía mi silencio? ¿de qué mi <sup>sustentación</sup> encogimiento y mi mal entendida caridad? Lo diré de una vez. Todos cuantos aquí estamos, jóvenes y ancianos, amos <sup>y afectos de horror.</sup> y criados, ricos y pobres, nobles y plebeyos, todos sin remisión somos condenados á morir. *Statutum est hominibus semel mori*<sup>1</sup>.

Pero ¿qué veo? ¿Nadie se asombra al escuchar noticia <sup>De las circunstancias del auditorio,</sup> tan horrible? ¿Nadie se espanta? ¿Nadie palidece, ni muestra turbación en el semblante? Hay más, y esto me traspasa el corazón; no falta en mi auditorio quien en su interior <sup>su dureza presente</sup>

<sup>1</sup> Hebr., IX, 27.

se ríe de mí, como de vano predicador, que presenta como nuevas, cosas mil veces repetidas.—¿Quién hay entre nosotros, me decís, que no sepa que todos hemos de morir? *Quis est homo qui vivet, et non videbit mortem?*! Esto oímos cada día en los pulpitos, esto leemos en las lápidas sepulcrales, esto nos anuncian con mudas pero elocuentes voces los que cada día mueren; y así, que hayamos de morir, nadie lo ignoraba, todos lo sabíamos.—¿Lo sabíais? ¿Lo sabíais todos? ¿Y sois vosotros los que ayer mismo recorríais las calles y plazas de la ciudad con tanta disipación, y por ventura algunos encubierta la cara é indignamente disfrazados? ¿Y sois vosotros los que danzabais y banqueteabais ayer con tanto desenfreno y algazara? ¿Y sois vosotros los que, encenagados tal vez en vicios y suelta la rienda á las pasiones, remedabais las corrompidas costumbres de la ciega gentilidad? ¿Vosotros los que asistíais al teatro, vosotros los que frecuentabais los salones, vosotros de cuya boca salían dardos llenos de mortífero veneno? Respondedme, ¿no sois vosotros quienes ¡ojalá me equivocase! habéis pasado la noche que precede á la solemnidad de la Ceniza en juegos y donaires, en músicas y danzas, en festejos y amorfíos y, no lo quiera Dios, tal vez en sacrílegas ofensas de su divina Majestad? Y ¿esto hicisteis, sabiendo con certidumbre que habíais de morir? ¡Oh ceguedad inaudita! ¡Oh entendimientos desatinados! ¡oh frenesí! ¡oh perversidad del corazón humano!

Lisonjéabame al venir, con la esperanza firme de moveros eficazmente á llanto y penitencia con sólo anunciaros vuestra muerte; y enviado por Dios nuestro Señor en calidad de mensajero, crucé sendas, recorrí caminos, sufrí gustoso la destemplanza del aire, la inelencmia de las lluvias, la frialdad de las nieves, porque suavizaba mis fatigas este sabroso pensamiento: «¡Oh! ¡cuántas almas se convertirán al fatal anuncio de la muerte! ¡Imposible que alguna, cuando menos, no vuelva al redil del buen Pastor! Mas ¡ay de mí!, que han salido fallidas mis esperanzas, y, sin embargo de la eficacia de este motivo para trocar el corazón del hom-

bre, veo á ese miserable hombre cerrar los ojos á la luz y, siguiendo tras los devaneos del sentido, despeñarse en su eterna perdición. No de otro modo, y permitidme la semejanza, las ovejas hambrientas y cerrereras, engolosinadas con el pasto, se entretienen en comer y retozar por campos y praderas, aunque oigan sobre sus cabezas el estampido del trueno y los horrores de la tempestad.

Pues ¿qué haré? ¿adónde me volveré? ¿Me retiraré y contemplaré con los brazos cruzados vuestra ruina y la perdición de tantas almas? No, y así quiera el Señor favorecer mis buenas intenciones, como espero con gran confianza ganaros para Cristo. Porque, decidme, ¿no me concederéis que vuestros cuerpos son frágiles y de barro deleznable? ¿No es así, hermanos míos? Todos lo entendéis y reconocéis y confesáis humildemente, cubriendo vuestras frentes de ceniza, al oír aquellas tan solemnes palabras: *Memento, homo, quia pulvis es*. Acuérdate, hombre, que eres polvo. Pues esto basta á mi propósito. Cúmpleme ahora demostraros **la presunción suma de quien, á pesar de saber esta verdad, vive un solo instante en pecado mortal**. Mas ¿qué digo presunción? Atrevimiento, osadía, debería llamarse, ó más bien insensata temeridad. Que sólo tal nombre se merece, voy á probaroslo, mediante el favor de la divina gracia.

Ángeles benditos, á cuya guarda encomendó el Señor las almas de mis carísimos oyentes; Santos gloriosos, cuyas cenizas yacen en las aras de este majestuoso templo, esperando la inmortal resurrección: desde ahora para siempre que subiere á esta sagrada cátedra, rogad al Señor que se digne conceder á mi palabra aquella fuerza celestial que no puede comunicarles la tibieza de mi pecho. Y Vos, Virgen de las vírgenes, María, verdadera engendradora de la Palabra del Eterno; Vos, que sedienta de Ella la concebisteis milagrosamente en vuestras purísimas entrañas; Vos, que fecundada de Ella la sacasteis á la luz del mundo para iluminación de las gentes; Vos, que nacida ya la Palabra encarnada, pero oculta y escondida, le disteis crecimiento y la hicisteis palpable á los sentidos; haced, Señora, que acierte yo á tratarla dignamente, y que no mancille su res-

por dialogismo.

su liviandad pasada, por interrogación vehemente.

incremento

y enumeración.

Conclusión.

De las circunstancias del orador.

sus esperanzas por disolución.

su desengaño por corrección.

simil

y dubitación insignie.

Constitución de la causa.

Proposición absoluta por corrección é incremento

Deprecación á los Angeles y SS.

á la Madre del Verbo

por conversión y gradación

súplica de confianza  
 plandor con profanos atavíos, ni menoscabe su fuerza con gracias y donaires, ni corrompa su verdad con mal fundadas interpretaciones, sino que limpia, como salió de vuestro seno virginal, la traspase al corazón de mis oyentes. Madre mía, vengo sin más armas que la más viva confianza en vuestro favor y ayuda. Alumbrad mi entendimiento, dirigid mi lengua, gobernad mis acciones, medid y compasad mis palabras y movimientos, de manera que todo redunde en mayor gloria de Dios y provecho del prójimo, y sirva á mi alma, no de materia de condenación, sino de acrecentamiento de gloria.

## PRIMERA PARTE

### II

Arg. 1.<sup>o</sup>  
 Sois medrosos en los peligros menores, por ejemplo  
 y autoridad;  
 Es el hombre en los grandes peligros naturalmente más medroso que confiado. Vedlo cuando, desencadenada la brava tempestad, sólo el profeta Jonás dormía tranquilamente entre el fragor de los truenos y el ímpetu de las hinchadas olas. Los otros, atemorizados, ó lanzaban horrosos gritos, ó sollozaban cobardemente, ó deliberaban congojosos cómo llevarían la nave á salvamento. Porque el hombre, dice el docto Abulense, más inclinado es de su naturaleza al temor con que huye el mal, que no á la audacia con que acomete los peligros <sup>1</sup>.

y osados en los eternos  
 por antitesis  
 Luego sois temerarios.  
 Pero este principio vale, es cierto, en los peligros temporales, menos terribles y espantosos; mas en ninguna manera, por desgracia, en los eternos, sin comparación más horrosos é irremediables. Aquí, la ciega muchedumbre de los mortales, de ordinario, ¡quién lo creyera!, de ordinario confía y se asegura; no sólo no teme, sino que los desprecia; no sólo no huye, sino que, frenética, se abalanza á ellos. ¿Qué sentís, pecadores míos muy amados, qué sentís de vuestro estado lamentable?

<sup>1</sup> Homo enim magis inclinatus est ad timorem, quo mala fugit, quam ad audaciam, qua mala invadit.—Abul. in Matth., c. XVIII, q. 17.

Confirmase  
 porque el riesgo es inminente,  
 por  
 gradación  
 No se os oculta que en el instante mismo que pecáis, ya de obra, ya de palabra, ya de pensamiento, se fulmina contra vosotros la horrible sentencia de eterna condenación. Y cuenta que, para ejecutarla, no son menester muchos trámites ni prolijos procedimientos. Que arden ya las hogueras infernales que han de ser vuestra cama por toda la eternidad. *Ignis succensus est in furore meo, super vos ardebit* <sup>1</sup>.

Preparados están los tormentos, á punto los atormentadores. Sólo falta que se quiebre el hilo de vuestra vida, que os tiene colgados sobre la boca del profundo abismo. *Super puteum abyssi*. Y ¿no os tiemblan las carnes? y ¿podéis cenar con gusto, y reir, y hablar, y regocijaros con los amigos, y echaros luego á dormir muy tranquila y descansadamente? Si esto no es temeridad, decid, ¿cómo se ha de llamar? ¿Pensáis acaso que aquel hilo sea recio y duradero? Pero tal vez esté ya gastado y consumido. ¿Por qué, pues, en igual incertidumbre, daros por seguros con riesgo de perderos, que temer saludablemente, y con tanto provecho de vuestras almas?

### III

Arg. 2.<sup>o</sup>  
 De las causas generales de muerte súbita.  
 negativas  
 y positivas  
 exteriores (por imagen)  
 é interiores  
 Pero ¿qué dije en igual incertidumbre? ¿Hay cosa en este mundo que pueda prometeros un instante de vida? No por cierto los regalos y comodidades, no el cuidado más exquisito de conservar la salud, no los brocados de oro y brillante pedería, invenciones de la vanidad, no para evitar la muerte, sino más bien para morir hasta con lujo. Y, por el contrario, ¿cuántas cosas pueden acarrearosla á cada instante? Nada hay bajo este cielo que no pueda quitar la vida al miserable hombre <sup>2</sup>. Mirad las criaturas todas derramadas por el universo mundo, y las veréis como armadas de hierro inexorable, y extendido el arco, que es decir, dispuestas y aprestadas á daros la muerte.

Mas ¿quién ignora que no son menester causas extrañas

<sup>1</sup> Jer., xv, 14. — <sup>2</sup> Eripere vitam nemo non homini potest.—Séneca, Phoen., act. 1, v. 152.

y advenedizas para que al mejor tiempo muramos? Dentro, dentro está lo que basta á atajarnos en la carrera de la vida. El hierro engendra herrumbre, polilla el paño, carcoma la madera, y nuestro cuerpo de barro muerte y corrupción. Casi vimos en nuestros días <sup>1</sup> á aquel celebrado Capitán que llegó, por rara fortuna y siempre en los campos de batalla, á la avanzada edad de setenta y cinco años, el cual, mientras paseaba tranquilamente sus reales, y blasonaba que sentía en sí la gallardía, el vigor y las fuerzas de su mocedad, en un mismo punto cesó de blasonar y de vivir; porque herido súbitamente de apoplejía, y cayéndose muerto de repente, mostró con harta evidencia cuán poco entiende el hombre de lo que pasa en lo interior de su cuerpo. Y en medio de incertidumbre tan horrible, ¿cómo tenéis atrevimiento para vivir un instante siquiera en pecado mortal? ¿Así miráis por vuestra alma? ¿Tan poca cuenta hacéis de vuestro fin? ¿Tan poco os importa la bienaventuranza sempiterna? ¡Estar al borde del abismo, colgar de un hilo sobre el despeñadero infernal, y no estremecerse, y no turbarse, y no reparar en ello!

desenlace y epílogo.

Consecuencia.

por exclamación y gradación.

Confirmase a) con inducción

de personajes bíblicos.

Aplicación rápida

por enumeración

Maravillanse muchos cómo pudo el profeta Elías, andando perseguido por el furor de una reina poderosísima, echarse á dormir en campo descubierto, tan reposadamente como significa la Escritura diciendo: *Projecit se et obdormivit* <sup>2</sup>. A mí, cierto, no me maravilla, porque Elías era un Santo, y á los santos no turba el sueño, ni el tumulto de las pasiones, ni el torcedor de la conciencia. Pero asómbra-me grandemente ver dormir á un Saúl, y descansar á un Holofernes, y holgar á un Sisara, aunque sea bajo ricos pabellones y tiendas recamadas. ¿Adónde irían los desventurados? ¿Qué fuera de ellos si les cogiera de sobresalto su enemigo?

Mas ¡plugiuese á Dios que su ejemplo no se renovara cada día en el pueblo cristiano! Innumerables son los que se acuestan en pecado mortal, sin venirles en pensamiento los infinitos riesgos que les cercan, y los caminos por donde puede la muerte saltarlos, ya sea por un súbito derra-

<sup>1</sup> Juan Boter. *Dichos memorables*, lib. 1. - <sup>2</sup> 3 Reg., XIX, 5.

mamiento de sangre en el cerebro, ya por una sofocación repentina, ya por una opresión mortal del pecho, ya por otras mil dolencias consignadas en los libros de medicina. Y ¿pueden éstos ni cerrar los ojos un instante? ¡Oh insensibilidad! ¡oh dureza! ¡oh letargo espantoso y prenuncio de miserable fin!

Crianse en los desiertos africanos unas bestias fieras, muy semejantes á los toros salvajes, tan osadas y fiadas en sus fuerzas y bravura, que se echan á dormir en las mismas mallas de los cazadores; y aunque suenen en sus oídos los relinchos de los caballos, el ladrido de los perros, la vocería de la gente, ellos ni se azoran ni se mueven para escapar á tiempo de los lazos que les tienden. ¿Os parece audacia increíble y estupenda? Mayor me parece la de los desatinados pecadores. ¿Qué digo me parece? Oid la voz del profeta Isaías que os dice: *Dormierunt in capite omnium viarum, sicut oryx illaqueatus pleni indignatione Domini* <sup>1</sup>. Durmieron en las encrucijadas de todos los caminos, llenos de la indignación divina, como duerme el oryx en medio de los lazos. ¿Puede describirse con más viveza el mortal entorpecimiento de los pecadores? Los que, henchidos de iniquidad, *pleni indignatione Domini*, siguen los antojos de su carne, los que no restituyen la fama que mancharon con sus ponzoñosas lenguas, los que fomentan en su corazón odios secretos, saben muy bien que están enlazados con maromas del infierno. Y ¿qué hacen? ¿Por ventura se alarman con esos temores? ¿Hacen algo por romper las ataduras y desenredarse de las mallas del enemigo infernal? ¡Ah! Duermen, y duermen profundamente, como el oryx del desierto. *Dormierunt sicut oryx illaqueatus*. ¡Qué horror, Dios y afectos de horror. Duermen, como el oryx del desierto, en los mismos lazos que los aprisionan. ¿Cómo se concibe tal locura? ¿Cómo se explica tan funesto letargo? ¿Quién os ha certificado, pecadores, que el Señor no haya armado ya contra vosotros las criaturas? ¿No oís el relinchar de los caballos y el ladrido de los perros, y la conspiración y vocería de los elementos conjurados en vuestra ruina? Y vosotros dur-

Confirmase β) con una semejanza a' pari!

1.ª parte: narración.

2.ª parte: aplicación por autoridad.

por enumeración,

Amplificación para intensificar temer por hipotiposis

<sup>1</sup> Is., LI, 20.

miendo, y durmiendo en las encrucijadas de todos los caminos, sin sombra de recelo: *in capite omnium viarum*; y durmiendo en lechos de marfil, que es decir, en el seno vergonzoso de vuestros desórdenes. *Dormitis in lectis eburneis et lascivitis* <sup>1</sup>.

## IV

Arg. 3.<sup>o</sup> Y llegado aquí, desearía que atentamente ponderaseis que si ningún hombre tiene en sus manos un instante cierto de vida (tanto ceta su divina Majestad sobre todos sus derechos el dominio del tiempo), pero mucho menos el hombre pecador. Porque ¿á quién se esconde que por el pecado entró la muerte en el mundo? *Per peccatum mors* <sup>2</sup>. Y así siempre el maldito pecado ha retenido este privilegio, verdaderamente terribilísimo, de empujarla, de precipitarla, de hacerla llegar antes de sazón. Infinitos son los lugares de la Escritura que confirman abiertamente esta verdad. No vivas de asiento en el pecado. *Ne impie agas multum* <sup>3</sup>, dicese en el Eclesiástico: no te desenfrenes, no te explayes por las anchuras del vicio, no obres tan desenfundadamente. ¿Por qué causa? Porque no te tome la muerte antes de tiempo: *Ne moriaris in tempore non tuo*. El impío, antes que llegue el término de sus días, morirá, así lo profetiza el Santo Job: *Impius antequam dies ejus impleantur, peribit* <sup>4</sup>. Los injustos fueron arrebatados antes de su plazo, repite el mismo Profeta: *Iniqui sublatis sunt ante tempus suum* <sup>5</sup>. Y el Eclesiástico pronuncia esta fatídica sentencia: Al que aborrece la corrección, se le acortará la vida: *Qui odit correptionem, minuetur vita* <sup>6</sup>. Y Salomón en sus *Proverbios* protesta abiertamente que á los impíos se les abreviarán y cercenarán los años: *Anni impiorum breviabuntur*; cayendo en la huesa como caen los agrazones, antes podridos que sazonados, ó como la cizaña, primero seca que madura.

por un ejemplo desastrado. Oid el extraño suceso del malvado Emperador Anasta-

<sup>1</sup> Amós, vi, 4.—<sup>2</sup> Rom., v, 12.—<sup>3</sup> Eccli., vii, 18.—<sup>4</sup> Job, xv, 32.

<sup>5</sup> Job, xxii, 16.—<sup>6</sup> Eccli., xix, 5.—<sup>7</sup> Prov., x, 27.

sio. Dormía una noche agitado, como siempre, de fuertes pesadillas y furias importunas, que ya con fantasmas amenazadores, ya con funestos pensamientos, le desasosegaban el cuerpo y atormentaban el alma, cuando vió delante de sí un personaje de figura horrible y severo continente, que traía una pluma en la mano derecha y un libro en la siniestra: Mira, desventurado, díjole con ronca y airada voz, de aviso celestial. De ahí á pocos días acaeció que se encapotó el cielo de repente, y comenzó luego á relampaguear y tronar y desprenderse frecuentes rayos de la abrasada atmósfera. Sobrecogió á Anastasio un súbito terror, como presintiendo que por su causa se desencadenaba tan furiosa tempestad, y sin poderse valer corría desatinadamente, como otro Caín, por las salas y corredores de palacio, de una pieza á otra, de una estancia á otra estancia. Mas todo en vano. Saltó de improviso una centella, abrió la regia techumbre, y fué á herir derechamente al mismo Anastasio, que estaba jadeando y encogido en un rincón, y allí le acabó, manifestando al mundo que no hay corona ni diadema imperial que sean bastantes á defender de los rayos de la ira divina la frente del malvado.

Y vosotros ¿qué decís? ¿No es verdad que acorta y abrevia Dios los años del impío? *Anni impiorum breviabuntur*? Y no os deis por seguros, oyentes amadisimos, no os fiéis por ver á la muerte recorriendo el mundo en caballo flaco, macilento y descarnado, como apareció á San Juan en las soledades de Patmos; porque, entended, que si aguijan al caballo y lo espolean, nadie es capaz de detenerle en su carrera. Y ¿no sabéis cuál es esa espuela ó acicate? El pecado. *Stimulus autem mortis peccatum est*, exclama San Pablo <sup>2</sup>. El aguijón de la muerte es el pecado, sí, el pecado aguijonea y hace correr la muerte.

Algunos creen, pero ¡cuán errados andan!, que este agui-

La muerte de un criminal.

Exposición.

Nudo por visión y profecía.

por zozobra y espanto.

Desenlace fatal

y epítomena.

Transición á la Anticipación 1.<sup>a</sup>

pero la muerte va en caballo flaco.

Anticipación 2.<sup>a</sup>

<sup>1</sup> En, ob perversitatem irae tuae quatuordecim tibi vitae annos deleo. — Baron., *Annales*, l. 6 a. 58. —<sup>2</sup> I Cor., xiii, 19.

lo que acorta la vida es la penitencia.

La desahace por dialógismo.

por autoridad,

inducción

y protopopeya tática.

Confírmase por enumeración.

y repetición enfática

y por razón natural.

Arg. 4.º  
Transición por preterición.

ión es la mortificación y penitencia; y por esto, en viendo á un amigo ó compañero desviarse del tumulto del siglo, y recogerse y darse de veras al espíritu, dícele con muestras de entrañable compasión: ¡Qué simplicidad de hombre, válgame Dios! ¿Os queréis matar, amigo mío, con tales tratamientos?—Dejaos de simplezas y necedades. Los simples, permitidme que os lo diga, los simples, los necios, los enemigos de la vida sois vosotros, que, según parece, ignoráis todavía cuál sea el aguijón verdadero de la muerte. No, no es la abstinencia y el ayuno lo que apresura los pasos á la muerte, porque promesa es del Espíritu Santo por el Eclesiástico que el varón abstiniendo alargará su vida: *Qui abstinentes est, adjiciet vitam* <sup>1</sup>. No son las asperezas corporales y el silencio; no son los rezos prolongados, ni la cama dura; que si tal dijéramos, levantaríase del sepulcro el gran Romualdo, de más de cien años, y desmentiría nuestro aserto; levantaríase y protestarían indignados un San Jerónimo, un San Antonio, un Arsenio é infinita muchedumbre de penitentísimos monjes y anacoretas que vivieron más larga vida que todos los regalados sibaritas.

Lo que precipita la muerte y la aguijonea contra el hombre, entendedlo, amadores de la vida, son los pecados. *Stimulus autem mortis peccatum est*. Son las horribles blasfemias que vomitan algunos con nefario atrevimiento de sus bocas de infierno; son los hurtos, son los embustes y fraudes, son las vejaciones del pobrecito, del trabajador, del asalariado; son las confesiones malas, son las comuniones sacrílegas, son los desacatos é ingratiitudes enormes contra el autor de nuestra vida; como sea muy conforme á toda ley despojar del feudo al que niega el tributo que debe á su señor en señal de vasallaje <sup>2</sup>.

## V

Y si la brevedad del tiempo lo sufriese, ¡con cuánto gusto demostraría aquí mismo, con ejemplos de todos los siglos

<sup>1</sup> Eccli., xxxvii. 34. — <sup>2</sup> *De feudis*, l. 3, c. 2.

y naciones, que es muy común en los malos, no ya morir antes del plazo, como decíamos arriba, sino súbita y desastrosamente! Pero, ciñéndonos á las divinas Letras, revolved, si os place, todas sus páginas, leed en ellas con atención, y veréis, si no me engaño, que ninguno de aquellos varones temerosos de Dios, y de cuya salvación no es lícito dudar, murió muerte repentina, salvo los hijos del pacientísimo Job, que fueron aplastados por los escombros del palacio, que se les trocó por su mal en infausta sepultura. Y aun á éstos, ¿en qué tiempo les sobrevino la desgracia? Cuando estaban holgándose en opíparo banquete, donde con razón se temía su buen padre no se manchase con alguna culpa, porque, en realidad de verdad, es cosa de milagro no desmandarse la juventud en los convites. Por lo demás, fijaos en los personajes más señalados en virtud cuando corría el Testamento viejo, en Abraham, en Aarón, en Isaac, en Jacob, en José, en Moisés, el gran libertador, en Josué, en Samuel, en Matatías, en Tobías y en otros innumerables que durmieron descansadamente en el Señor, recogidos en su lecho, y dando consejos de salud, ora á sus pueblos, ora á sus hijos y descendencia.

Mas, al contrario, si tornáis los ojos á los malos y recorréis siquiera rápidamente la negra historia de su desventurado fin, ¡oh qué muertes tan arrebatadas hallaréis: éstos anegados, aquellos abrasados en vivo fuego, unos comidos de bestias fieras, y otros acabando miserablemente de otras desgracias, tanto más horribles cuanto menos esperadas. ¡Qué desolación tan espantosa!, clama el Salmista aterrizado al verlos, ¡qué desolación tan espantosa! Súbitamente fenecieron, perecieron por su maldad. *Quomodo facti sunt in desolationem! Subito defecerunt, et perierunt propter iniquitatem suam* <sup>1</sup>.

De repente murió el soberbio Faraón y su ejército en las revueltas aguas del Mar Rojo. De repente los cobardes Israelitas que codiciaron las carnes de Egipto. De repente los que osaron hablar con desprecio y como blasfemar de la bendita tierra de promisión, y de repente otros sin cuento,

Moriréis no sólo prematuramente pero desgraciadamente.

Por inducción contraria.

de muertes tranquilas.

Por inducción directa de muertes arrebatadas.

por distribución general.

testimonio divino

y enumeración particular.

<sup>1</sup> Ps. LXXII, 19.

cuyos trístimos remates leemos en los sagrados libros, y todos éstos por su impiedad, porque quebrantaron los mandamientos de Dios. *Subito defecerunt, et perierunt propter iniquitatem suam.*

Prevencción oratoria

Y ¿qué pretendo colegir de estos ejemplos? ¿Que solamente los malos mueren muertes repentinas? No, que sería manifiesto error, porque estableció la divina providencia que las penalidades de este mundo fuesen comunes á buenos y malos, á justos y pecadores, ya para probar á los escogidos, ya para mostrar que no paga Dios en la tierra toda la recompensa de los humanos merecimientos. Sólo digo que, si nos atenemos á las divinas escrituras y á las enseñanzas de la historia, son más ordinarios en la gente impía fines tan funestos y precipitados. Oíd la sentencia que fulmina Salomón: El varón que menospreciare con cerviz erguida y frente dura á los que le corrigieren, sepa cierto que morirá de repente: *Viro qui corripientem dura cervice contemnit, repentinus ei superveniet interitus*<sup>1</sup>.

y conclusión legal.

confirmada con autoridad

con razones naturales

a) de la vida estragada de los malos

y concertada de los buenos

b) del fin por que los lleva Dios de este mundo:

Ni faltan en confirmación de ello razones naturales. Pues los malos acarráanse con frecuencia este linaje de muertes con la destemplanza en el comer y beber, la cual estraga el estómago y desconcierta los humores del cuerpo; con el desenfrenamiento de la lujuria, consumidora de todo vigor y lozanía; con sus lenguas de víbora, que levantan contra sí enjambrados de enemigos; con las riñas y contiendas en el juego; con los celos y rivalidades, con las usuras y empeños inconsiderados de su avaricia; con las envidias que les roen las entrañas; con los afanes y congojas por subir adonde les llama su ambición, y con desórdenes semejantes, de que vive muy lejos el varón justo, á quien cuadran maravillosamente las palabras del Apóstol: *Omnia cooperantur in bonum*<sup>2</sup>, porque todo, hasta la castigación de la carne, se les convierte en bien y les ayuda, proveyéndolo así Dios nuestro Señor, para dilatar los plazos de la vida.

Pero, pensad en esto lo que mejor os parezca, ¿sabéis cómo se ha Dios en este particular? Como los hombres en el cortar los árboles del bosque. Si el fin que tienen es la-

<sup>1</sup> Prov., XXIX, 1.—<sup>2</sup> Rom., VIII, 28.

brar el tronco para hacer de él un objeto primoroso, una estatua, por ejemplo, un retablo, una mesa preciosa, miran muy bien que no esté verde ni dañado, sino macizo y en sazón, y, sobre todo, que se corte á su tiempo, que suele ser en los menguantes de la luna. Mas no se va con tales miramientos cuando se corta leña para el fuego. Y ¿qué son sino leña y rastrojo los pecadores endurecidos? ¿No os viene á la memoria la sentencia del Salvador: *Excidentur et in ignem mittentur*<sup>1</sup>: Serán arrancados y arrojados al fuego? Y para esta faena todo tiempo es bueno, toda coyuntura á propósito. Para lanzarlos al horno infernal, ¿á qué aguardar tiempos ni días? ¿á qué tanta cautela y circunspección?

por hermosa semejanza del que corta un árbol,

confirmada por la Escritura.

Conclusión.

## VI

Pues si á todos vosotros, pecadores amadísimos, os amenaza muy probablemente ese término fatal é inesperado; si puede saltaros la muerte cuando menos lo penséis, ó en el sueño más profundo, ó en el más sabroso y entretenido del juego, ó en el instante más alegre de vuestras regocijadas diversiones, ruégoos me digáis si no es el colmo de la temeridad y locura vivir un solo punto en conciencia de pecado mortal. ¿Quién os dió prendas, quién seguridades y fianzas de que no sucederá lo que á tantos infelices que pasaron sus días holgando y divirtiéndose, con lo cual agravaron la enormidad de sus culpas, hasta que, agobiados de su peso, se hundieron de repente en los abismos? *Ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad inferna descendunt*<sup>2</sup>. ¿Por ventura Dios con privilegio singular os ha revelado cuál ha de ser vuestra hora postrera, ó prometidos que no os enviará la muerte á manera de ladrón, que muy de secreto y calladamente hace su hecho, sino como á fausto mensajero que ya de lejos y á son de trompetas anuncia su llegada? ¿De dónde, pues, tan grande presunción? ¿Cómo puede engreirse, os diré lastimado con San Gregorio, aquel cuya vida fluctúa bajo la pena de la incertidumbre?<sup>3</sup>

Arg. 5.

Morirás en la hora menos pensada.

Largo sois temerarios si no os convertís presto.

Antec. por

testimonios divinos.

Consecuencia

<sup>1</sup> Luc., III, 9.—<sup>2</sup> Job, XXI, 13.

<sup>3</sup> Cur quasi de certo extollitur, cujus vita sub poena incertitudinis tenetur?

por ejemplo a majores de los ninivitas.

Parte 1.<sup>a</sup>

su penitencia.

Parte 2.<sup>a</sup>

proximidad de ella por comunicación y diálogo.

Los ninivitas, en oyendo que dentro de cuarenta días había de ser su ciudad arruinada, se pusieron á hacer una penitencia aterradora. *Incontinenti, plenam terroribus poenitentiam egerunt*. Vistense todos de cilicio, cúbrense de ceniza, sin aguardar pregón ni mandamiento de su príncipe, que fué, como suele acontecer, el último en saber la infausta nueva, ora fue por la dificultad de las audiencias, ora porque, llenos de asombro los ciudadanos, harto hacían con atender á su propia salvación. Pero ¿por qué tanta prisa? ¿quién los apremiaba, oyentes míos? No estaban seguros por ventura de que tenían cuarenta días de tiempo? *Adhuc quadraginta dies?*<sup>1</sup> ¿Por qué no se decían: Ea, esperemos un poco; para desarmar la ira de Dios no son menester muchas horas: un instante basta para ello. Con que hagamos un acto de dolor de nuestros pecados al rayar la aurora del día cuatragésimo, estamos salvos? — Así pudieran ellos filosofar y seguir comiendo los que comían, jugando los que jugaban, y holgándose cada cual en los entretenimientos de su gusto.

Pues imaginaos que así obraran. ¿Qué diríais, hermanos míos? ¿qué pensaríais? Que eran unos temerarios, unos atrevidos y presuntuosos, indignísimos por consiguiente de recibir el perdón que tan pronto recabó su presteza y diligencia.

Mas peor, mucho peor es lo que pasa en nuestro caso. Los ninivitas, fiados en la palabra de Dios, podían contar aún con cuarenta días de plazo para convertirse á penitencia, y así cuanto crecía la seguridad, disminuía la temeridad y presunción si continuaban en pecado un poco más. Pero á vosotros, ni aun este breve plazo se os concede. No sabéis, nos avisa nuestro Salvador, cuándo llegará vuestro tiempo: *Nescitis quando tempus erit*<sup>2</sup>. Puede ser esta semana, puede ser este día, este momento mismo en que me escucháis, porque armada va la inexorable muerte de espada y arco, según la expresión del profeta. Vibrará, dice, su espada y flechará su arco. *Gladium suum vibrabit, arcum suum tetendit*<sup>3</sup>. Con la espada hiere de cerca á los viejos,

y de David.

<sup>1</sup> Jon., III, 4.—<sup>2</sup> Marc., XIII, 33.—<sup>3</sup> Ps. VII, 13.

á los débiles y achacosos que no pueden escapar; con el arco alcanza de lejos á los jóvenes que esperan huir confiados en sus bríos y fuerzas. ¿Cómo, pues, justificaréis vuestra temeridad si dejáis pasar ociosamente una partecita de este tiempo precioso? ¿Qué decid? ¿qué respondéis? ¿cómo excusar tanta osadía en trance tan apurado, en riesgo de vida ó muerte sempiterna? ¡Ah! ya lo entiendo. No pudiera el diestro cazador tener al halcón y menearlo y acariciarlo con su mano, si no le vendara los ojos; y los vuestros ha vendado el astuto tentador, para así volveros y revolveros á su placer.

Conclusión por interrogación retórica

y alegoría.

## VII

Sólo una salida hallo en el aprieto en que os halláis, y sería decir que verdaderamente no sabéis si viviréis toda vía largos años, pero que así lo esperáis; que, no obstante la muchedumbre de peligros que decíamos, viven muchos hombres, y aun pecadores muy desalmados, y ríen y huelgan y envejecen y mueren en paz y con cabal juicio; y que así preferís alimentar en vuestro corazón la esperanza de acabar con muerte cristiana, á acongojaros con el temor de contraria desventura.—Pero, católicos, ¿habéis olvidado lo que estamos controvertiendo? ¿No os acordáis que tratamos del alma, y de un alma tan vuestra que es parte esencial de vuestro ser, y de una alma única, y de una alma inmortal, y de una alma cuya pérdida sería irremediable? ¿Y acerca de una alma de esta naturaleza habláis con tal frialdad é indiferencia? ¡Ah hombres desatentados, acordáos por Dios, os diré con San Crisóstomo, que se trata nada menos que de vuestra alma! *Memento, memento quod de anima loqueris*. ¿Y negocio de tal monta os parece bien confiarlo á la ventura? Pudiera ser, no lo niego, que os salga con felicidad; pero ¿si os saliere mal, decidme, pecadores amadísimos, si os saliere mal, si os toma la muerte desprevenidos? Que en cosas de este mundo andéis algo á tientes y menos vigilantes, lo entiendo. Entiendo que arriesguéis la hacienda, que aventuréis la reputación, que expongáis á menudo la misma salud; porque, en

Arg. 6.<sup>o</sup>

De la excelencia del alma que es arriesga.

Transición por recapitulación

y prolepsis.

Os va en ello el alma; por definición y sentida conculpicación.

Su pérdida es irreparable.

por comparación con las pérdidas temporales.



resumen, son mercaderías éstas que, si las arrojamos por no irnos á pique, pasado ya el naufragio podemos recobrarlas. Pero ¿el alma? ¡Oh dolor! El alma merece más estima, y es locura manifiesta no mirar por ella, cuando, si se pierde, pidiéndose sin remedio por toda la eternidad.

Conclusión enfática.

## VIII

Arg. 7.<sup>o</sup> ¡Vergüenza grande es que los negocios de la tierra se miren y registren con más atención que los intereses inmortales! Certifícase el emperador Adriano de aquel oráculo, que sería fatal á Roma el paso del Eufrates; y al punto y de su propia voluntad devuelve á sus señores las dilatadas provincias de Armenia, de Asiria y Mesopotamia, conquistadas poco había por Trajano, á fin de alejar la contingencia de traspasar un día las infaustas márgenes, y fija en ellas los lindes del imperio.

De los contrarios. En los negocios de acá todo es asegurarnos bien.

por ejemplo

¿Inducción cotidiana

Mas ¿á qué mendigar ejemplos extraños? ¿Qué cosa, por muy baladí que sea, no embaraza más vuestro pensamiento que el cuidado de vuestra alma? Si adolecéis de gravedad, no decís ciertamente que se aplace el llamar al médico, porque esperáis recobrar la salud sin medicinas. Si vais á la guerra, en especial si es sangrienta y peligrosa, tampoco decís, no hay que hacer testamento, porque es probable que torne pronto y en salud. Si prestáis una gruesa cantidad, exigís fianzas ó recibo, sin que valgan amistades, y hacéis como Tobías con Gabelo, á quien, á pesar de su rectitud y fidelidad, no le prestó el dinero sin auténtica escritura. *Argenti pondus dedit sub chirographo*<sup>1</sup>. Para la siembra escogéis la estación más oportuna; en los pleitos, á los abogados más sabios; en el comercio, los agentes y corresponsales más acreditados; en una palabra, no hay negocio que pase por vuestras manos, en que consentáis que se vaya á la ventura, si podéis caminar sobre seguro. ¿Sólo el gran negocio del alma, sólo el asunto gravísimo de que pende la eternidad, lo entregáis al ciego acaso? ¿Por qué, pudiéndoos do-

y enumeración.

Mas el negocio del alma lo entregáis al acaso

<sup>1</sup> Tob., 1, 17.

ler ahora de vuestros pecados, decís como necios: acaso más tarde tendré tiempo y comodidad para ello?

¡Oh cristianos!, asóbrame verdaderamente tal prodigio de ceguedad, y, aunque lo veo con los ojos, no lo acabo de creer; y así os aseguro que arde de tal suerte la indignación en mis entrañas, que me fuerza á clamar con el Crisóstomo: Hombre, que no sabes si mañana morirás, ¿cómo entregas tu alma, y tu vida, y tu eternidad á la contingencia y al acaso? <sup>1</sup>. No fiarías á la casualidad un pleito de nada, un liviano interés, ¿y le fías lo que vale más que todos los tesoros del mundo? Espantaos, cielos; pasmaos, espíritus bienaventurados, de la increíble temeridad de los mortales, la mayor que oyeron jamás los siglos. Porque ¿quién oyó más horrible locura que la que hizo la infatigable virgen de Israel?, exclama Jeremías: *Quis audivit talia horribilia, quae fecit nimis, virgo Israel?* <sup>2</sup>.

por exclamación de afectos de dolor; y así os aseguro que arde de tal suerte la indignación en mis entrañas, que me fuerza á clamar con el Crisóstomo: Hombre, que no sabes si mañana morirás, ¿cómo entregas tu alma, y tu vida, y tu eternidad á la contingencia y al acaso? <sup>1</sup>. No fiarías á la casualidad un pleito de nada, un liviano interés, ¿y le fías lo que vale más que todos los tesoros del mundo? Espantaos, cielos; pasmaos, espíritus bienaventurados, de la increíble temeridad de los mortales, la mayor que oyeron jamás los siglos. Porque ¿quién oyó más horrible locura que la que hizo la infatigable virgen de Israel?, exclama Jeremías: *Quis audivit talia horribilia, quae fecit nimis, virgo Israel?* <sup>2</sup>.

Luego así unos insensatos.

Proo o poptera entérica y amarga interrogación.

## IX

Y aun fuera menos reprehensible vuestra temeridad, si se cometiese por lograr alguna ganancia muy notable. Principio es en toda empresa y prudente negociación el que sienta Apiano por estas palabras: Que es rematada locura ponerse por una nonada á grandes riesgos. Jamás debe el hombre exponerse á trances peligrosos por viles granjerías; porque sería semejante al que pescase con anzuelo de oro, el cual perdido, pierde más que no valdría la codiciada presa. Si el Labrador aventura unas fanegas de trigo en la sementera, si el banquero ó el hombre de comercio arriesga crecidas cantidades, si el pleiteante desperdicia en costas parte de su hacienda, obran así porque monta más lo que esperan que lo que aventuran en el lance; y jamás se oyó decir que saliera un capitán de navío á combatir con los

Arg. 8.<sup>o</sup>

De la causa final.

Es locura ponerse á grandes peligros por ligeros intereses.

con autoridad

¿Inducción desemejante de hombres cuerdos.

<sup>1</sup> Incertis ergo eventibus te ipsum committis? — Hom. 23 in ep. 2 ad Cor. — <sup>2</sup> Jer., xviii, 15.

<sup>3</sup> Summae dementiae est ob res leves discrimen ingens subire. — App. De bell. hisp.

vientos y con las olas, y atravesar la inmensidad del Océano para traer en su bajel, no el vellocino de oro, sino vil arena; no perlas y corales, sino pajuelas y basura.

Mas vosotros, ¡oh cristianos!, ¿en qué os detenéis? ¿Qué ganancia esperaréis de vivir en continuo riesgo de perderos para siempre? ¿Qué medros? ¿qué tesoros? ¿Parécenos por ventura que, balanceado y contrapesado el bien que ganaréis al pecar, pesa más que el mal que os acarrearéis muriendo en el pecado? Si no morís en él, es verdad que podréis gozar de aquel deleite bestial, podréis allegar aquel oro que os deslumbra, subir al honor que pretendéis, saciar vuestra sed de venganza en aquel enemigo vuestro. Mas, y si morís, ¿sabéis qué os va en ello? Ser despeñados de repente en el profundo, y pagar allí esa risa momentánea con eterno llanto y crujir de dientes.

Y ¿aun hay quien diga que pueden compararse los gustos de presente con la desventura á que, muriendo, os exponéis? ¡Oh juicios desvariados! ¡oh injusticia horrendal ¡Oh hijos de los hombres, siempre falsos y mentirosos en la balanza de vuestros juicios! *Mendaces filii hominum in stateris* <sup>1</sup>. ¿En qué entendimiento cabe que pese más un bien vano, efímero y temporal, que un mal eterno y casi infinito? Nunca hallaréis entre los vendedores pesos y balanzas tan falsas y desconcertadas; pero, respecto del alma y de la eternidad, se han rebelado los entendimientos de los hombres contra la luz resplandeciente de la razón natural: *Ipsi fuerunt rebelles lumini* <sup>2</sup>.

## X

Por las entrañas de Jesucristo, por sus llagas preciosísimas, por el amor que debéis á vuestra alma redimida con la sangre de todo un Dios, arrojad esa venda de vuestros ojos, y no os engañéis tan miserablemente: *Nolite decipere animas vestras* <sup>3</sup>.

Despertad, pecadores, mirad abierta la boca del abismo

<sup>1</sup> Ps. LXI, 10. — <sup>2</sup> Job, XXIV, 13. — <sup>3</sup> Jer., XXXVII, 8.

para tragaros, y, entrando desde ahora en vuestro corazón, ponderad, os ruego, el mezquino fruto de tan malo-grado trabajo. Si hallareis que es mayor la ganancia que el peligro, no hagáis caso de mis palabras; mas si viereis que es sin ninguna comparación menor, mirad por vosotros y compadeceos de vuestra alma. ¿Queréis sacar de vuestro trabajo materia para llorar con el profeta Jeremías cuando exclamaba: Como á simple avecilla, mis enemigos me cazarán de balde? *Venatione ceperunt me, quasi avem, inimici mei gratis* <sup>1</sup>.

¡Oh qué amargo sentimiento! ¡qué dolor tan inconsolable! ¡qué gusano inmortal destrozará vuestras entrañas! Habla Jeremías en persona del pecador, y se corre y avergüenza porque se dejó engañar como el avecilla á quien prende el astuto cazador, ¿sabéis con qué?, con una nadería, con un granito de mijo. *Venatione ceperunt me, quasi avem, inimici mei gratis*. ¿A estos ciegos y desatinados que-rréis vosotros imitar?

Cristianos amadísimos, y hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, ¿qué son los bienes todos de este mundo cotejados con los males sempiternos? Un granito imperceptible, una sombra, nada. ¿Y por lograr tales nonadas os fatigaréis, os desentrañaréis locamente noche y día, sin mirar á vuestro alrededor los enemigos que os cercan, las celadas que os arman, las redes y cadenas que os echan en el camino para cogeros y arrebataros al infierno y atormentaros por eternidades sin fin? ¡Oh malvada presunción! ¿de dónde naciste? ¿Quién te engendró sobre la tierra, os diré asombrado con el Eclesiástico: *O praesumptio nequissima, unde creata es?* <sup>2</sup>.

Fáltanme palabras para expresar y corazón para sentir tan extraña temeridad, y así dejadme que enmudezca mi lengua, atajado de admiración y pasma.

<sup>1</sup> *Thren.*, III, 52. — <sup>2</sup> *Eccl.*, XXXVII, 3.

Os arreprentaréis en balde eternamente.

por autoridad y semejanza bíblica.

1.ª parte.

2.ª parte y aplicación patética.

Conclusión por personificación

é hipérbolo afectuosa.

Vosotros arriesgáis tanto por tan poco.

por comunicación

y terrible dilema

Luego osís ciegos y desatinados.

Conclusión por desemejanza bíblica.

Arg. 9.ª

ó Amplificación á consequentibus

y afectos de entrañable compasión.

## SEGUNDA PARTE

## XI

Tránsito perfecta.

Si es suma temeridad que el hombre, cuya vida se devanece como el humo al soplo más liviano, viva un solo momento en pecado mortal, ¿qué alegréis vosotros, pecadores amadísimos, en vuestra defensa, que os pasáis, no ya los momentos, sino los días y los meses y los años enteros en desgracia de Dios? ¿Dónde está aquí la prudencia? ¿dónde la razón y cordura? ¿Qué probabilidades ó conjeturas tenéis de que no os habéis de condenar?

Desatino del que pasa años enteros en pecado

por argumentación a fortiori.

Nadie se expone, con seguridad, á continuos riesgos; ¿y sabéis por qué? Porque la mala ventura alcanza finalmente al que muchas veces no alcanzó <sup>1</sup>. Pasar una vez por la orilla misma del hondo precipicio y no despeñarse; tocar una vez en la liga y no pegarse en ella; tomar un poco de veneno y no emponzoñarse, no es cosa de grande maravilla, y puede acontecer gracias á la buena suerte ó á providencia singular. Mas que no se envenene quien se traga la ponzoña como el agua; que no se derrumbe quien se pone como á danzar á la boca del abismo; que no quede prendido quien duerme sobre la liga como en lecho de fragantes flores, es cosa verdaderamente maravillosa y que jamás se vió. De consiguiente, si es locura grande ponerse una sola vez á peligro de condenación, ¿qué será durar en él por tanto tiempo, que, en buena cuenta, son muchos más los días del año que vivís á riesgo de perderos, que los días en que podríais morir con seguridad de salvaros?

por símiles ó alegorías.

Conclusión.

<sup>1</sup> Nemo se tuto diu periculis offerre tam crebris potest. Quem saepe transit casus, aliquando invenit. Sen., Herc. fur. Act. 2, scen. 2, v. 327-328.

## XII

Trátase á menudo en las escuelas la famosa controversia de si son más los que se salvan, ó los que perdurablemente se condenan. No me toca á mí resolver esta cuestión, y, á ser así, arimaríame á la parte favorable, y diría que entre los católicos es mayor el número de los escogidos que no el de los condenados. Mas, aunque es verdad que este parecer tiene en su abono muchos y sapientísimos Doctores, todavía no hallaréis ninguno, antiguo ni moderno, que sostenga que se salve la mayor parte de los pecadores que han hecho callos en la maldad. No, católicos, ni uno tan solo. San Gregorio <sup>1</sup>, San Agustín <sup>2</sup>, San Ambrosio <sup>3</sup>, San Jerónimo, las cuatro lumbreras de la Iglesia, sienten de común acuerdo lo contrario. Terribles son y espantosamente claras y decisivas las palabras de San Jerónimo. Dice, pues, así este Doctor máximo: *Vix de centum millibus hominum, quorum mala fuit semper vita, meretur a Deo habere indulgentiam unus* <sup>4</sup>. De cien mil hombres que vivieron mal, apenas uno merece perdón y se salva.

Arg. últ.  
Los pecadores habitados de ordinario se condenan. Luego ó devatinó coartuar en pecado.

Estado de la cuestión.

Próbese el antec.  
por autoridades.

Católicos, nadie lo extrañe ni lo tome á vano encarecimiento; porque, de ley ordinaria, cual es el vivir, tal es el morir. Al cortarse un árbol, ¿hacia qué lado cae? Hacia el que se inclinaba desde el principio. Si se inclinaba á la derecha, á la derecha cae; si á la izquierda, cae á la izquierda. Los envejecidos en el pecado, doblegados están y muy de atrás hacia la banda izquierda del infierno; y ¿presumen, al ser cortados, que vendrán á caer á la derecha con los buenos? Menester sería que se levantase en su ayuda una gracia tan poderosa que, como viento vehemente, los empujase de golpe hacia la parte opuesta. Mas ¿quién se hizo merecedor de gracia tan extraordinaria? *Vix de centum millibus unus*. De cien mil, á duras penas uno solo. ¿Cómo, pues, pecadores de mi alma, viéndoos en estado tan la-

por el símil del árbol.

Consecuencia,

conclusión del argumento.

<sup>1</sup> Lib. 25 in Job., c. — <sup>2</sup> De ver. et fal. poen., c. 17. — <sup>3</sup> Adhor. ad poen.

<sup>4</sup> Relat. ab Euseb. in epist. ad Damas.

mentable, por el cual podéis muy probablemente conjeturar que antes perteneceréis á la muchedumbre de los réprobos que de los escogidos, cómo, torno á decir, no será temeridad y locura continuar por un instante en pecado mortal?

Concesión elo-  
cuente, y  
confirmación por  
una conjetura á  
menor

Aunque diéramos que la mayor parte de pecadores como vosotros se ha de salvar y la menor se ha de perder, deberíais vivir en continuo sobresalto y temer día y noche la suerte de los desventurados; pero si los menos han de salvarse y los más han de condenarse, ¿qué hacéis? ¿en qué os detenéis? Arnolfo, conde de Flandes, como anduviese muy fatigado de dolores acerbísimos de piedra, resolvieron médicos y cirujanos que era menester se hiciese la operación. Vino en ello el doliente, pero quiso que se probase en otros enfermos la eficacia de aquel remedio tan peligroso.

1.ª parte histó-  
rica.

Buscáronse cuantos padecían la dicha enfermedad, y se hallaron hasta veinte. Llevados allá, fueron tratados y curados por los mismos médicos y cirujanos del conde, con tal destreza y tan feliz suceso, que, de veinte, uno solo murió. Tornaron, pues, muy satisfechos al afligido Arnolfo, esforzándole todos con tan buenas esperanzas. Mas él, sabido el mal suceso de aquel desgraciado, lejos de animarse, palideció de repente. Y ¿quién de vosotros me asegura, dijo, que no me alcanzará á mí la suerte de ese infeliz? Y así, más sobresaltado con la muerte de uno que esperanzado con la cura de los diez y nueve, no quiso en manera alguna aventurarse.

2.ª parte conjetu-  
ral.

Imaginad, ahora, que de los veinte que sufrieron la tremenda operación no sanasen diez y nueve y uno muriese, sino al revés, que uno curase y los diez y nueve muriesen en el trance doloroso; ¿qué dijera el avisado príncipe? ¿Cómo lanzara de sí á los atrevidos médicos y temerarios cirujanos? Nunca se hubiera dejado maltratar con la débil esperanza de ser aquel uno tan afortunado.

Argumentación  
de menos á más

Pues esa temeridad que os parece intolerable en la curación de este cuerpo, que bien pronto se ha de reducir á polvo y ceniza, tenéis vosotros respecto de vuestras almas inmortales. Afirma San Jerónimo que no de veinte, no de treinta, mas de entre cien mil pecadores habitados, apenas si uno

se salva. *Vix de centum millibus unus*: ¿y es posible que más fuerza tenga la ventura de ese uno para sustentar vuestras esperanzas, que la desventura de novecientos mil para atemorizaros? Diez eran los hermanos de José que fueron á la tierra de Egipto á proveerse de trigo, y porque uno solo se quedó en rehenes, todos se acojaron por extremo. Doce los Apóstoles del Señor en la noche de la cena, y cuando oyeron que uno de ellos sería traidor á su Maestro, todos se mudaron y turbaron. Y sabiendo, como sabéis, que los más de los que viven como vosotros han de condenarse, ¿no teméis? ¿no se altera vuestro corazón? ¿no os tiemblan las carnes? Desventurado pecador, en quien se cumple desgraciadamente la sentencia de Job: *Dedit ei Deus locum poenitentiae, et ille abutitur eo in superbiam*<sup>1</sup>. Dióle el Señor lugar de penitencia, y él abusa para ensoberbecerse y presumir. ¡Oh soberbia! ¡oh presunción! ¡Esperar vanamente que será sin duda el escogido entre millares, y el afortunado entre tantos desventurados! Pero ¿quién será el privilegiado? ¿quién es ése que escapará de la sangrienta carnicería, y á quien mirarán absortos los cielos, y señalarán con el dedo los ciudadanos de la gloria como á estupendo prodigio, como al único que se salvará del estrago universal y saldrá incólume de la horrenda batalla que trabará Dios contra todos los pecadores de la tierra? *Tanquam qui evaserit in die belli*<sup>2</sup>. Dejadme que corra á derribarme á los pies de Cristo crucificado y que desahogue allí mi corazón.

## XIII

¡Oh dulcísimo Jesús y amador de los hombres! ¿De dónde de tal osadía en los hijos de Adán? ¿Quién así desvaneció sus entendimientos? ¿quién así endureció sus corazones? ¿Tan grande es el deleite que recibe en ofenderos, que, á trueque de lastimar vuestro amantísimo Corazón, nada les importan los infinitos males que les amenazan? ¡Oh si me fuera dado, Jesús mío, humillarlos en este sagrado tiempo

<sup>1</sup> Job, xxiv, 23. —<sup>2</sup> Eccl., xl, 7.

de Cuaresma, y compungirlos y traerlos á vuestro amor y regalada servidumbre! ¿Qué haré para ello? ¿Queréis que los ablande á fuerza de súplicas y ruegos? Pues les rogaré con toda instancia. ¿Queréis que los amonesté? Les amonestaré. ¿Queréis que los espante con el trueno de vuestras amenazas? Les aterraré. ¿Queréis que me muestre severo y los reprenda hasta con dureza? Pues les reprenderé, como me enseña vuestro Apóstol<sup>1</sup>. Aquí me tenéis. Hablad, Señor, que vuestro siervo oye. Mandad y seréis obedecido.

*Omnia quae praecepit mihi, omnia loquar*<sup>2</sup>. Lo haré todo sin faltar en una tilde á vuestro soberano mandamiento. No quiero aplausos, no quiero alabanzas de los hombres; sólo quiero complaceros á Vos. ¿Quién sabe si será ésta la última Cuaresma de mi vida? Cubierta, pues, mi frente de ceniza, salgo desde hoy á predicar en vuestro nombre y decir en alta voz: Penitencia, pueblo mío, penitencia. Que desaparezcan pronto tantas liviandades. Que se destierren esos odios envejecidos. Que todos borren con lágrimas amargas sus pecados, que todos enmienden sus costumbres.

Hermanos míos, ¿porfiáis todavía en vuestra dureza de corazón? Pues descubrid la frente, mirad y palpada esa ceniza que sobre la cabeza del viejo y del mozo, del pobre y del rico acaban de derramar los sacerdotes del Señor. A estas cenizas pongo por testigos; que hablen ellas, que sentencien ellas, y digan condenándoos si hay en el mundo temeridad como la de confesar un hombre que puede morir á cada momento y pasar un solo instante en conciencia de pecado mortal.

<sup>1</sup> 2 Tim., IV, 2.—<sup>2</sup> Cf. Jer., I, 17.



## ANÁLISIS ORATORIO

### § I

#### INVENCIÓN

El fin y como blanco del orador en este primer discurso es **persuadir** á los oyentes que salgan de pecado, pero pronto y sin tardanza. Para ello, y como la persuasión se logra por medio de **razones y afectos**, á saber: de razones que convezcan el entendimiento, y de afectos que conmuevan y arrebatan la voluntad, vélese aquí del **argumento de la muerte** y sus propiedades, y del **afecto del temor** y del **terror**, mezclados de otros más suaves y tranquilos. Por donde la cuestión pertenece al **género deliberativo**, porque se trata de persuadir al hombre que no retarde más su conversión, sino que abra pronto los ojos; y el **estado es definitivo**, pues se reduce á si merece ó no el nombre de loco y temerario quien, sabiendo que puede morir de un momento ó otro, sigue en pecado mortal. De aquí se colige la **proposición** en extremo fecunda, conviene á saber, que, en realidad, es locura y presunción temeraria perseverar en pecado, pudiendo morir á cada instante.

#### PRIMERA PARTE

El primer motivo, sacado de la condición ó adjuntos de la humana naturaleza, dice así:

**Presunción es, y loca temeridad, que, siendo el hombre tan medroso de suyo en los peligros temporales y menores, menosprecie los irremediables y eternos.**

Vosotros, naturalmente, teméis y os sobresaltáis en

los riesgos temporales, y, con todo, os aseguráis y reís y no hacéis caso de vivir á peligro cada instante de condenaros y perderos.

Luego justamente merecéis el nombre de presumidos y temerarios.

¡Con qué acierto calla la primera verdad por muy clara, y comienza asentando la segunda por sus partes! Prueba la primera con el **ejemplo** de los compañeros de Jonás en el rigor de la tormenta, confirmala con la **autoridad** del Abulense, y pasa rápidamente á la segunda, donde está el nervio del discurso. Contrapuesta á esa natural timidez la osadía y el frenesí de los pecadores que se abalanzan á los peligros eternos, **expone**, ó mejor supone, el dogma de que el que muere en pecado va al infierno, **amplifico** con **autoridades** sagradas, que ponen las llamas inextinguibles y el abismo á los pies del pecador, y con el **simil** del hilo ó estambre de la vida, gastado ya por ventura y á punto de romperse.

## II

El segundo motivo, sacado de las **causas generales** que pueden acarrear cada momento la muerte al pecador, se encierra en este entimema:

**No sólo estáis en igual incertidumbre de vivir ó de morir, pero pesa más la balanza de la muerte que la balanza de la vida**

Luego es locura y presunción muy grande continuar pecando y así abocados sobre el infernal despeñadero.

Prueba lo anterior enumerando las cosas que **no pueden** asegurarnos ni un instante de vida, y luego las infinitas que **pueden** en un punto acabar con nuestra existencia, de ellas **exteriores**, de ellas **interiores** y escondidas. **Confirma**lo con los símiles de la carcoma, del orín y la polilla, y con el **ejemplo** del célebre Capitán, muerto de súbito, mientras más blasonaba de sus fuerzas. **Amplifica** y encarece la presunción ó letargo del pecador con la **comparación** de Saúl, de Holofernes y de Sisara, que dormían descuidadamente cuando más cerca estaban sus matadores; y como motivo principal, con el **simil** sacado de las Escrituras, donde son comparados los pecadores insensibles con el **óryx** del desierto, que duerme sobre los mismos lazos que lo aprisionan.

## III

El tercer argumento está tomado de otra **causa moral**, pero más profunda y **particular** del pecador, en esta forma:

**El pecado acelera y precipita la muerte:**

**Luego, si ningún hombre puede prometerse un solo instante cierto de vida, mucho menos vosotros, pecadores.**

Luego es presunción y locura seguir pecando.

Amontona para probar el antecedente terribles y expresos **testimonios** del Espíritu Santo, que amenaza á los pecadores que morirán antes de sazón: **compáralos** á los agraecidos que se pudren y á la cizaña que se seca prematuramente, y **amplifico** con la espantosa visión y suceso lamentable del emperador Anastasio, á quien por sus impiedades borró Dios catorce años del libro de la vida.

Ataja dos reparos ó **preocupaciones** oratorias que sirven de amplificación: la primera, que la muerte pasea por el mundo sobre caballo flaco y descarnado; pero responde que, si el pecado lo espolea, corre con espantosa rapidez; la segunda, que la penitencia y mortificación acortan la vida; pero deshácela indignando, ya con **testimonios** de la Escritura Santa, ya con **ejemplos** de varones penitentes y de gloriosa y florida longevidad.

## IV

No sólo os anticipáis el fin de la jornada, pero tenéis el triste privilegio de morir muerte arrebatada y funesta. Sácase, pues, el cuarto argumento de una **circunstancia** fatal en estos términos:

**Los pecadores estáis muy á riesgo de morir de repente:**

**Luego es locura y temeridad vivir un punto más en conciencia de pecado.**

Demuestra su intento por **inducción**, ya **contraria** de varones santos que murieron descansadamente en el Señor, ya **directa** de hombres malvados que en general acabaron repentina y desastrosamente. Apóyalo con **autoridades de Dios** en las Sagradas Letras; y en fin con **razones** naturales, primero de los mismos excesos de los pecadores, y segundo de cómo acostumbra Dios cortar sin grandes miramientos leña de malvados para los hornos del infierno.

## V

La quinta razón, tomada de otra circunstancia de la muerte, es á saber, de la incertidumbre de la hora, dice en compendio:

**No sabéis si os saltará la muerte este mismo mes, esta semana, en este sermón que estáis oyendo.**

**Luego es locura y temeridad no salir pronto de pecado.**

Demuestra lo primero **negativamente**, porque nadie lo reveló, y **positiva** y derechamente con la voz de Cristo, que la compara al ladrón nocturno que viene de secreto.

La consecuencia campea y resplandece más con la comparación a **majori** de los ninivitas, que dice en suma:

**Los ninivitas fueran locos y temerarios si aplazaran su conversión para el postrero día de los cuarenta.**

**Vosotros no tenéis segura ni una hora de vida:**

**Luego sois muy desatinados si no hacéis pronta penitencia.**

La primera verdad se la arranca el orador á los oyentes, que así lo confiesan.

La segunda estriba en las palabras del Salvador que nos avisa de ello expresamente.

**Confírmalo**, y ataja al propio tiempo una dificultad, con la pintura bíblica de la muerte, armada de espada para los viejos, y de arco y flechas para los mozos.

## VI

El sexto argumento, que es á la vez *refutación*, está directamente sacado de la **causa**, diríamos **material**, á saber, de la excelencia del alma que se arriesga, y puede cifrarse en este raciocinio:

**Confiar al acaso un negocio de monta, se tiene por temeridad, aunque se pueda luego reparar su daño.**

**Aquí os va un alma preciosísima, única, inmortal, cuya pérdida es irreparable por toda la eternidad:**

**Luego, ponerla en esas contingencias, es desatino y manifiesta locura.**

Comienza por lo segundo, encareciendo las propiedades del alma, y apoyándolo con el dicho tan sentido del Crisóstomo: **Memento quod de anima loqueris**; y remata con lo primero, de la imprudencia del que se expone á perder negocios de grande importancia.

## VII

Aún lo confirma más con esta razón de los contrarios:

**Es vergüenza y desconcierto por una parte no fiar al acaso ningún negocio terrenal, sino asegurarse hasta en lo más baladí; y por otra fiar del acaso nuestra alma, nuestra vida, nuestra eternidad.**

**Esto hacéis, ¡oh ciegos pecadores!**

**Luego sois imprudentes y temerarios.**

Comprueba la primera verdad con ejemplos ya **extraños**, como la cautela de Adriano en desviarse del fatal linderó del Eufrates, ya **propios** de los oyentes, que en todo buscan lo más cierto y seguro. La segunda verdad sólo admite ayes y ponderaciones gravísimas.

## VIII

De la **causa final** se deduce este argumento de gran eficacia; conviene á saber: de vivir en esta horrible incertidumbre por alcanzar una bagatela de este mundo. Dice, pues, en suma:

**Es rematada locura, por cosas fútiles, exponerse á grandes pérdidas.**

**Vosotros os exponéis á los mayores daños que se pueden imaginar por cosas que se lleva el viento:**

**Luego sois verdaderamente unos insensatos.**

Declara lo primero por la conducta **desemejante y opuesta** de todo hombre de juicio, del cuerdo labrador, del pleiteante, del negociador, del marinero, que nunca arriesgan lo más por lo menos; y por la **semejante** y loca de quien pescase con anzuelos de oro, ó cruzase mares anchos para traer viles pajuclas. Lo segundo, por el dilema siguiente:

**O moris ó no moris luego.**

**Si no moris, es verdad que gozaréis de ese placer, de ese honor, de esa riqueza; pero, si moris, seréis al punto despenados en el infierno.**

**Es así que no hay cosa más liviana y fugitiva que ese bien que alcanzáis viviendo, ni más horrenda que ese mal en que incurris moriendo:**

**Luego sois disparatados y locos si arriesgáis lo uno por lo otro.**

Concluye con la **comparación** de los vendedores y de las falsas balanzas; y con el **símil** del mismo Jeremías, que

con grande amargura se lamenta, porque se ve cogido en el lazo, de balde y por verdaderas naderías, vivo retrato del pecador.

## SEGUNDA PARTE

Demostrada tan manifiestamente la suma temeridad del hombre que persevera un solo instante en desgracia de Dios, pasa á encarecer la imprudencia y desatino de quien no un instante, no un día, sino años enteros, vive en pecado y á riesgo de eterna condenación. El argumento, pues, sacado de la **circunstancia** de la duración y hábito en pecar, se resume en estos términos:

La primera, de **menos á más**, dice así:

**Es temeridad insensata estar un solo momento en pecado mortal.**

**Luego ¿qué será continuar y como estancarse en él?**

Lo primero ya lo han visto y sentido los oyentes, y así **declara la consecuencia** con el dicho de Séneca, que cuadra muy bien con el adagio español: **Tantas veces va el cántaro á la fuente, que alguna se quiebra.** Amplificase con los **similes** del que traga la ponzoña, ó juega junto á un abismo, ó se prende en la liga muchas veces, que por maravilla tienen buen fin tales atrevimientos.

La segunda es más grave, y deducida de los **consequentes** en esta forma:

**La mayor parte de los pecadores habituados y que viven de asiento en el pecado, se condenan:**

**Luego es temeridad é insensatez seguir atollados en el vicio.**

Para demostrar su propósito alega **testimonios** de Santos Padres y la terrible sentencia de San Jerónimo, que de cien mil de este linaje de pecadores, apenas se salva uno. **Confírmase** con un argumento teológico envuelto y hermosoado con el símil del árbol que hacia el lado á que se inclina allí cae, si ya un viento muy recio no lo endereza hacia la banda opuesta. Pero ese viento tan impetuoso, esa gracia tan extraordinaria, ¿á quién se da? **Vix de centum millibus uni.**—Arguye sobre lo mismo con la **comparación a minori** trastrocando los términos por esta hipótesis:

**Si la mayor parte de vosotros, pecadores habituados, se hubiese de salvar y la menor se hubiese de perder, aun fuera locura no temer, no azorarse día y noche á vista del peligro:**

**Luego ¿qué hacéis sabiendo que, de cien mil, apenas uno se salvará?**

Esclarece y pone ante los ojos lo primero con el **ejemplo** de Arnolfo, que por ningún caso consintió que le hiciesen la operación, porque, de veinte, en quienes se había ejecutado este rigor, uno había muerto. Y en vosotros ¿tiene más fuerza la ventura de uno para aseguraros, que el desastrado fin de novecientos mil para atemorizaros? **Amplifica** la consecuencia con otras **comparaciones de menos á más**, pero sucintas y enérgicas, para derramarse luego en afectos vehementes y llevar al auditorio de la convicción á la persuasión y á la victoria.

Si Tulio pide en la invención tres cosas: agudeza de ingenio, arte y diligencia (*Cum ad inveniendum in dicendo tria sint, acumen, deinde ratio, tertium diligentia, non possum equidem non ingenio primas concedere.*—De Or., II, 35<sup>1</sup>), ingenio para desenvolver el asunto, arte para argüir, diligencia que avive el ingenio y mantenga el arte, es maravillosa por cierto la invención de este discurso. Campea el **ingenio** del teólogo en las razones que busca y en la materia vastísima que abarca; el **arte** del filósofo y del dialéctico en la sutil argumentación con que ata y rinde, y la **diligencia** del varón apostólico que preñere siempre argumentos prácticos, y encaminados á herir el corazón. ¡Qué hermosa batería tiene dispuesta, si no para derribar desde el primer día, á lo menos para conmovir los muros más firmes y robustos! ¿Pueden hallarse más razones ni más fuertes para el fin que se pretende? Pero si en la parte de la invención es acertado, lo es mucho más en la disposición y elocución.

## § II

### DISPOSICIÓN

**Exordio.** Solemne, vigoroso, patético, ni puede llamarse **legítimo** ni **ex abrupto** ó arrebatado, aunque participa del interés y templanza del primero, y de la novedad é impetu del segundo. Tómate de lo íntimo de la materia (*ex visceribus causae*), y allana diestramente el camino á toda la oración. Porque toda ella se funda en que hemos de morir, y esta **certidumbre** tan terrible, que es el fundamento

<sup>1</sup> Sigo la división de capítulos adoptada en la edición parisiense de Le-maire.



y como nervio de la causa, pero oculto, es la fuente manifiesta del exordio. Pruébala con la **autoridad** del Apóstol, que nos intima la pena de muerte, y añade la **experiencia** de todos los días; lo primero directamente y por su boca, lo segundo por concesión de los oyentes. Sin descuidar este fundamento, cumple los oficios del exordio, conciliándose la benevolencia, la atención y la docilidad, no por partes, como los oradores inexpertos, sino revuelta y confusamente, lo cual, si dificulta el análisis, facilita la persuasión y realza la elocuencia.

Gránjese la **benevolencia** por medios dignos de un apóstol. De **parte del orador**, presentándose en el púlpito, tanto más amable, cuanto más humilde y despreciador del mundo. ¡Qué celo tan ardoroso de las almas! Aun le vemos cubierta de lodo su pobre sotana, y curtido el rostro por los soles y las lluvias; aun oímos el resuello de su cansado pecho, tras largo y precipitado viaje, arrojando gustoso las fatigas, con la segura esperanza de ganar un alma para Cristo. El celo amoroso, pero activo y sufridor, es la llave con que abre Señorí los corazones y penetra donde quiere. De aquí, por **parte de los oyentes**, aquel recelo de no lastimarles en su primera vista con nueva tan desabrida, aquel vencer este recelo con el ansia de aprovecharles, aquel vacilar si tornará á su casa, al verse desoído y aun despreciado, y vencer esta vacilación y desprecio con el cariño y lástima de que no se pierdan sus almas, con que las roba y embelesa, aun diciéndoles verdades tan amargas.

Excita la **atención** con el aparato nuevo y aterrador con que traza este proemio, aparato que en otros parecería puerilidad y afectación, pero que en Señorí es natural y eficazísimo. Todo despierta el interés en el que escucha: los temores del orador, la terribilidad de la sentencia, los razonamientos que se entrelazan, ya del orador á los oyentes, ya de los oyentes al orador; las reprensiones ásperas, la pintura de su camino y sus esperanzas halagüeñas, su repentina deliberación, sus zozobras, y, sobre todo, la conmoción de afectos tan bien sostenidos y variados.

La **docilidad** del auditorio nace de la viveza y claridad con que les notifica su muerte, y va demostrándoles la certidumbre de ella, hasta rematar en la proposición en términos formales.

**Proposición.** Es **simple**, y el poner segunda parte más es arbitrio para descansar el orador, que límite para dividir la materia. Es **natural** y tan poco rebuscada, que en persona menos elocuente tendría visos de vulgar. Es **fecunda**, porque, duplicados los términos, se descubren de improviso muchas relaciones y argumentos.

**Confirmación** Como el alma traba y vivifica el cuerpo, así el fin une y aviva la oración. ¿Qué son razones fuertes pero mal concertadas, sino soldados aguerridos pero sin disciplina, que unos á otros se embarazan y confunden? *Turbati exercitus sibi ipsi sunt impedimento.* (Quintil., *Inst. Orat.*, VII. Proem.) Y aquí sobresale principalmente el P. Señorí. Vislumbra el fin, miralo de hito en hito, y hacia él avanza sin jamás titubear. En el caso que tratamos, quiere convencer al que le escucha de que ni un momento más perseverar en pecado; jarduá victoria, de hombres que aun saborean, como si dijéramos, las abominaciones del Carnaval, hacer justos que las aborrezcan luego de todo corazón! Pero aquí triunfa el orador. Discurramos por los **argumentos** arriba dichos; pesemos y contrapéselos su fuerza, y veamos si podrían coordinarse mejor ni más estrechamente. Es gran temeridad pecar, sabiendo que puede uno morir. Mayor y más insensata seguir pecando, siendo tanto mayor la probabilidad de morir, cuanto son más las causas que pueden acarrearénosla. Mucho mayor quien tiene en su cuerpo el aguijón y estímulo de esa muerte, que es el pecado, y con todo ríe y se huelga. Más aún quien sabe que, sobre ser tan anticipados, suelen ser repentinos y funestos los acabamientos de los malos. Más todavía, si en este mismo instante puede morir y condenarse. Pero ¿qué nombre merece arriesgar toda un alma por las bajezas de un momento que se pueden gozar viviendo? Pues si es locura perseverar en pecado un solo instante, ¿qué frenesí no será durar en él por tantos años? Esta espantosa consecuencia, preparada en la primera parte, sorprende en la segunda y ata de pies y manos al pecador. Pero crece la convicción y el asombro con el argumento que desenvuelve en postrer lugar, cerrándoles la única salida, y desencastillándolos de su último baluarte, que es la necia confianza que serán ellos de los escogidos. Trástórnese este orden y se desencajará y vendrá á tierra esta máquina maravillosa.

Pues la **argumentación** no puede ser más variada: aquí se vale del silogismo, allí del entimema, luego del ejemplo, después del epiquerema ó del polisilogismo, evitando, al dilatarlos, el estiramiento y sequedad del dialéctico. Porque, ya calla la primera, ya la segunda proposición; unas veces encabeza el raciocinio por la conclusión, otras por el antecedente, con sin igual naturalidad y maestría.

Pero en mover los **afectos** del temor y del terror es aún más diestro y afortunado. Y ¿cuáles pudiera excitar más propios de sus oyentes, que vienen el primer día chorreando aún, como dicen, sangre de pecados? Convenía, ante

todo, despertarlos, sacudirlos fuertemente, y que abriesen los ojos á la vista del precipicio y al trueno de la tempestad. Para ello se afirma Sèneri en estos principios del Filósofo. (*Ret.*, II, 5<sup>1</sup>).

α) Miedo es una congoja ó perturbación del ánimo, nacido de la aprensión del mal futuro, que puede acarrearlos la muerte ó alguna grave pesadumbre. Έστω δὴ φόβος, λύπη τις ἢ ταρσχή ἐκ φαντασίας μέλλοντος κακοῦ, ἢ φθοραίου, ἢ λυπιοῦ.

β) Que no cualquier mal engendra temor, sino el que nos amenaza terribles dolores, ó nuestra total ruina. Οὐ γὰρ πάντα τὰ κακὰ φοβούνται, ἀλλ' ὅσα λύπας μεγάλας ἢ φθοράς δύνανται.

γ) Que el mal debe presentirse próximo y muy cercano. Καὶ ταῦτ' ἐν μὴ πόρῳ, ἀλλὰ σύνεγγυς φαίνεσθαι, ὅστε μέλλειν. Porque esto es peligro, la aproximación de un mal terrible. Τοῦτο γὰρ ἐστὶ κίνδυνος, φοβεροῦ πλησιασμοῦ.

Y si se ve inevitable, á no ponerse una condición, entonces crece el temor y, con éste, el deseo de abrazar la condición.

Por estos mismos pasos procede Sèneri, amaestrado en la buena filosofía. Todo su conato para aterrar el corazón de los oyentes se cifra en hacerles sentir el mal **gravísimo** que les amenaza, si no se convierten; en **aproximárselo** cada vez más, hasta tocarlo con sus manos en el postrer argumento de la primera parte; y, finalmente, los acaba de espantar en la segunda con pintárselo casi **inevitable**, si al punto y ahora mismo no despiertan. Cabalmente maneja el orador el mismo ejemplo de Aristóteles. «Los males muy lejanos, dice el filósofo, no suelen atemorizar. Porque todos saben que morirán, que es el mayor mal del mundo; mas, por verse lejos de este trance, nadie se turba.» Τα γὰρ πόρῳ φοβῶρα, οὐ φοβούνται ἴσασι γὰρ πάντες, ὅτι ἀποθνήσκουσι· ἀλλ' ὅτι οὐκ ἐγγύς, οὐδὲν προτιζήσονται.

El arte, pues, del orador consiste en acercar ese peligro, en representarlo vivamente, sin dejarle arbitrio de escapar.

**Peroración.** Hállase al fin de la primera parte. La deprecación última sirve de magnífica introducción á los discursos que siguen, y se traba, naturalmente, con el final del exordio.

<sup>1</sup> Edic. de Didot.

### § III

#### ELOCUCIÓN

Las razones mejor concebidas y ordenadas, pero mal dichas, son vanas, en sentir de Fabio Quintiliano, y como el acero bien templado metido dentro de la vaina: *Eloqui enim hoc est, omnia quae mente conceperis, promere, atque ad audientes perferre; sine quo supervacua sunt priora, et similia gladio condito, atque intra vaginam suam haerenti.* (Inst. Orat., VIII, Proem.). No son así los argumentos de Sèneri, mas antes como espada de dos filos, que sabe blandir con incomparable gracia y valentía. Si quiere demostrar y esclarecer, qué limpieza de expresiones! Si quiere conmover, ¡qué torrente de palabras, ya dislocadas y secas, ya trabadas y compuestas! Si quiere deleitar y conciliarle los ánimos, ¡qué suavidad, qué viveza de imágenes, qué novedad y belleza, si no en la materia, en la forma del decir! Pero, viniendo al particular, nótese algunas figuras y lumbres oratorias que más sobresalen en este primer discurso.

El estilo en general es **vehemente y apasionado**, pero rebosa, y como sale de madre, por ejemplo, cuando replica á sus oyentes en el principio: **¿Conque lo sabiais? ¿Lo sabiais todos? ¿Y sois vosotros los que ayer mismo?...** Y aquella amplificación que sigue al cuarto argumento: **Lo que espolea la muerte, enteededlo, amadores de la vida, son los pecados, son las blasfemias horribles...**

Y aquel responder á la objeción en el principio del argumento sexto: **Pero, católicos, ¿habéis olvidado el asunto de que controvertimos? ¿No os acordáis que aquí se trata del alma?...** Y raya en lo sublime el grito que da con el Crisóstomo (VIII). **Hombre, que no sabes si mañana morirás, ¿cómo entregas tu alma, tu vida, tu eternidad? Espantaos, cielos; pasmaos, espíritus bienaventurados.** Y aquel remate tan natural en que pregunta y busca ansioso á ese único de los cien mil que por fin se salvará: **¿Quién es ese privilegiado? (XII).**

Rasgos de ternura, por ejemplo (I). **¡Oh cuántas almas se convertirán al fatal anuncio de la muerte!... Mas ¡ay de mí, que han salido fallidas mis esperanzas!... y al fin de la primera parte: Por las entrañas de Jesucristo, por sus llagas preciosísimas... (X) hasta la conclusión.**

**Visiones ó hipotiposis: Que arden ya las hogueras in-**

fernales que han de ser vuestra cama por toda la eternidad. Preparados están los tormentos (II). Y no son menos vivas aquellas voces: **¿No oís ya el relinchar de los caballos, y el ladrido de los perros, y la conspiración y vocería?... (III)**, y otras sin cuento sembradas por todo el discurso, cuando se vale del dialogismo.

Similes afortunados, como el de las ovejas golosas y cecreras (I), y el del óryx del desierto tomado de las Escrituras. Ejemplos vivísimos, el de los ninivitas (VI) y el del conde Arnolfo en la segunda parte (XII).

Finalmente, modelos de **deprecaciones** son las dos súplicas con que cierra el exordio, y después su razonamiento. Aquélla enderezada á los Angeles, á los Santos, á la Madre del Verbo; ésta al mismo Verbo y Salvador del mundo. Aquélla suave y amorosa como la plegaria del marinero á la Estrella del mar, al emprender su navegación; ésta enérgica y vigorosa como la voz del capitán al romper de la batalla. Allí corre mansamente la oración, porque aun no siente el orador contrastes ni reverses: aquí se atropella y lucha, porque trasluce en los oyentes la dureza, y en su propio pecho los acometimientos del temor ó de la vanagloria.

Sólo advertiremos para los principiantes: 1.º Que la manera de hablar y reprender, mayormente al principio, es algo áspera, y supone mucha fe en el auditorio. Cuando ésta falta ó se entibia, es menester mayor delicadeza y circunspección. 2.º Que el tránsito de la palabra increada á la creada, en el exordio, y de ésta á la predicada, que es el Evangelio, aunque no desusado entre los PP., no parece de rigurosa verdad y consecuencia.



## DISCURSO SEGUNDO

### EL MEJOR AMIGO

Audians autem Jesus miratos est; et sequentibus se dixit: Amen dico vobis, non lavavi tantam fidem in Israel.  
Oyéndole Jesús se maravilló y dijo á los que le seguían: De verdad os digo, que no he hallado tanta fe en Israel.

(MATEO, VIII, 10.)

### EXORDIO

QUIEN hoy no se maravilla de la admiración de Jesucristo en el sagrado Evangelio, da muestras de menguado entendimiento, porque revela manifiestamente no entender qué quiere decir maravillarse una Sabiduría infinita. Y, á la verdad, ¿qué hizo el Centurión por donde mereciese del Salvador tan encarecidas alabanzas? Por ventura ¿presentó á Jesucristo como á soberano Dios de los ejércitos sus tropas reverentes para rendirle vasallaje, y, abatidas las lanzas y banderas, aclamarle por su Rey al sonido de músicos instrumentos? ¿Acaso le erigió altares, dedicó estatuas ó sacrificó víctimas en su honor? ¿Vino tal vez á términos de arrancarse los laureles de la frente, arrojándolos á los pies de Jesucristo, ó puso á sus plantas despojos y trofeos para consagrárselos como á Señor de las victorias? Pues ¿qué hizo? Fióse del Salvador, creyendo que desde lejos podía dar salud á su criado sólo con decir una palabra. *Tantum dic verbo et sanabitur puer meus.* Y por esto prorrumpe Jesucristo en extremos tan desacostumbrados de admiración, y hace tanta honra á aquel gentil y en tanto grado le enaltece, que llega á jurar (¡oh estupendo encare-

Templado y al principio.

Proposición del exordio

demostrada por sustentación

é incremento.

Hazaña del Centurión; fiarse de Jesucristo.

Afectos de admiración.